

¿Hacia un modo más evangélico de vivir la Iglesia?

Desafío de la Conferencia de Aparecida

P. Roberto Oliveros M., sj

Resumen

Adequar la Iglesia a los nuevos tiempos fue el objetivo del Vaticano II. Para renovar el cuerpo eclesial revaloró las Iglesias locales y sus células, las parroquias. Su aplicación, en el contexto de América Latina, fue la tarea de Medellín: la comunidad eclesial, fraterna y profética, se renovaría desde los pobres y sus células básicas, las CEBs. Este proceso ha sido obstaculizado hace un par de décadas, cuando se ha preferenciado otra eclesiología. ¿Qué eclesiología y modelo de Iglesia impulsará Aparecida?

Adequar a Igreja aos novos tempos foi o objetivo do Vaticano II. Para renovar o corpo eclesial re-valorizou as Igrejas locais e suas células, as paróquias. Sua aplicação, no contexto de América Latina, foi a tarefa de Medellín: a comunidade eclesial, fraterna e profética, se renovaria desde os pobres e suas células básicas, as CEBs. Este processo está obstaculizado há um par de décadas, ao se dar preferência a outra eclesiologia. Que eclesiologia e modelo de Igreja impulsionarão Aparecida?

Las décadas recientes, con sus impresionantes avances tecnológicos y científicos, han ayudado al desarrollo de la conciencia en un amplio sector de la humanidad, como sujetos con participación y fuerte impacto en la gestión de la historia personal y social. Queda claro en esta porción de la humanidad, que la historia no está determinada, ni es algo repetitivo o circular, sino por el contrario, abierta al futuro y a irla escribiendo en el presente.

La historia está en cambio continuo. Y estos cambios en ocasiones son para mejorar, pero en otras ocasiones, se deteriora y empeora una situación. Es más, los cristianos/as, por el misterio de la encarnación somos concientes de la presencia del Señor y su Espíritu en la historia colectiva y personal. Es Dios CON nosotros. Y esto, a su vez, conlleva que no es un Dios SIN nosotros. Por ello, la historia manifiesta que podemos secundar las mociones del Señor, ser obedientes a ellas, o por el contrario, darles la espalda y deteriorar nuestra humanidad.

En este marco, la historia de la Iglesia, y en ella la historia de los Concilios, nos enseña claramente que no todos ellos tuvieron el mismo valor y peso evangélico. Destacan por su profundidad teológica y pastoral los cuatro primeros Concilios

Ecuménicos. Y por marcar la segunda mitad del milenio pasado, el Concilio de Trento. Pero otros Concilios, como los de Letrán no tuvieron esos alcances. Y en la historia conciliar, el Vaticano II destaca por el tratamiento teológico y pastoral de la identidad y misión evangelizadora de la Iglesia, como ningún otro Concilio lo había realizado.

Asumir y poner en la práctica, inculturadamente, el espíritu y las grandes orientaciones del Vaticano II, supremo Magisterio de la Iglesia, se convirtió en el gran desafío para todos los cristianos/as, lo cual se ha ido realizando con variado alcance y de diferentes formas en las varias regiones del planeta. La relativamente reciente historia de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano, también nos muestra el diferente peso y alcance evangelizador de las mismas.

En América Latina, de manera temprana, a tres años de concluido el Concilio, la Conferencia de Medellín asumió e impulsó de manera notable y profética la conversión y la renovación de la evangelización en nuestro contexto socio-cultural, confirmada y enriquecida diez años después en Puebla. Pero Santo Domingo, aunque ofrece algunos importantes avances, por ejemplo en la inculturación, rompió en puntos sustanciales con el proceso evangelizador latinoamericano en el espíritu conciliar. Estamos ya próximos a la Conferencia Episcopal en Aparecida. Junto con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, deseamos que represente un buen salto adelante para la Iglesia latinoamericana y nuestros pueblos a los que sirve. Ahora bien, como se dijo, el proceso histórico no está determi-

nado para mejorar o para empeorar.

Concientes de la riquísima y amplia reforma lanzada por el pasado Concilio, en esta contribución me limitaré a presentar y poner de relieve lo que ha sido considerado y expresado como un elemento sustancial y fundamental para la renovación eclesial y su misión por el Vaticano II, en fidelidad creativa a su espíritu en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas. Supongo el conocimiento general de dichos acontecimientos. Sin embargo, el modo breve y analítico de acercarnos al tema, propio de un artículo de este género, no resta importancia y relevancia a la temática presentada. Dado el proceso eclesial de los últimos años y la proximidad de la Conferencia de Aparecida, este tema y la postura que se tome delante del mismo es central y fundamental para el tipo de vida y misión evangelizadora que tendremos los católicos/as en Latinoamérica.

1. DOS MODOS DE ENTENDER Y VIVIR LA IGLESIA EN EL PASADO MILENIO: LA CRISTIANDAD Y SUS CATEDRALES, Y LA FRATERNIDAD ITINERANTE FRANCISCANA

El Espíritu Santo sorprendió a Francisco de Asís con su llamada a reconstruir la Iglesia, al inicio del siglo XIII. En aquella coyuntura socio-eclesial se robustecían los príncipes católicos y el modelo eclesial de la cristiandad, siendo símbolo de la misma las grandes catedrales góticas. En ese modelo eclesial de cristiandad, lo importante y central era el clero; los laicos pobres poco contaban como sujetos de la evangelización.

Pero Francisco de Asís, desde aquella capillita de San Damián, dio continuidad a las comunidades fraternas y proféticas, desde y con los pobres, de los primeros siglos del cristianismo. La vida y espíritu de Francisco fascinó a muchos a su alrededor, que asumieron su estilo y modo de seguimiento de Cristo Jesús. Y en esa fascinación y cauce reabierto por el Espíritu y Francisco, floreció nuevamente, en el segundo milenio, un modo de vivir la Iglesia en pobreza, fraternidad y misión. En el pasado milenio, la vida y proyección de ese modelo eclesial, enraizado en los evangelios y la primitiva tradición, se dio muy vertebrado en torno a la Vida Religiosa misionera.

Así pues, una mirada analítica sobre el conjunto de la vida eclesial vivida en el pasado milenio, manifiesta que a lo largo del mismo convivieron dos modos o modelos de vivir la Iglesia: por un lado, el de cristiandad y por el otro, el fraterno y desde los pobres. Pero es clara la hegemonía del modelo de cristiandad, en el pasado milenio, tanto en lo referente a las autoridades jerárquicas, como en la teología escolástica que le da soporte. Sin embargo, el impacto evangelizador de muchos religiosos y posteriormente también de las religiosas en el pueblo sencillo, dio continuidad al modo comunitario, fraterno y popular del cristianismo.

2. EL VATICANO II Y LA RENOVACIÓN ECLESIAL QUE DELINEÓ

Ya cerca del final del segundo milenio del cristianismo, y como es ampliamente conocido, la intencionalidad central del Vaticano II, fue el profundizar en el misterio de la Iglesia des-

de las fuentes de la Revelación y así renovarla profundamente, para poder responder adecuadamente a los desafíos del nuevo y cambiante contexto social y religioso moderno. De ahí, que apoyadas en la constitución “Dei Verbum”, tipifican y son fundamentales en el Concilio, las constituciones “Lumen Gentium” y “Gaudium et Spes”, las cuales redefinen la identidad y la misión de la Iglesia en el mundo.

El Vaticano II, como ha sido ampliamente estudiado, impulsa un nuevo modo de vivir la Iglesia, ya no centrado en el clero, sino en el Pueblo de Dios (LG 2). El centro de la Iglesia es el “laos”, el pueblo laical, del cual son servidores sus ministros (LG 3). Por ello, la renovación de las instituciones y el modo de vida eclesial pre-vaticano, implicaba e implica una amplia y profunda conversión personal y comunitaria. La relectura y recompreensión del misterio cristiano y eclesial realizada por el Vaticano II, realizó una revolución copernicana en la eclesiología y otros temas de vital importancia.

Baste recordar que la teología pre-vaticana afirmaba que fuera de la Iglesia NO había salvación. El Vaticano II recupera que el Reino de Dios es mucho mayor que la Iglesia y que por ello, fuera de la Iglesia SÍ hay salvación. O sea, un giro de 180 grados. Tesis pre-vaticanas sobre la identidad eclesial, afirmaban que ésta era esencialmente una institución social desigual, es más, monárquica; por el contrario, el Concilio retoma las expresiones bíblicas que expresan el misterio de la Iglesia, como Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo, etc., y privilegia entre ellas que la Iglesia es el Pueblo de

Dios. El mundo en la escolástica pre-vaticana se consideraba como tentación y malo; por el contrario, en el Vaticano II se contempla el mundo primariamente como el lugar de la acción de Dios, donde se realiza la historia de la salvación. Por ello, la Iglesia es en el mundo servidora del Reino y sacramento del mismo.

Ahora bien, la experiencia eclesial de los últimos años manifiesta claramente que el Vaticano II, más que ser un Concilio para el fin de un siglo o milenio, lo ha sido para preparar y lanzar la renovación de la Iglesia y su misión evangelizadora de cara a la situación y desafíos del despertar de un nuevo siglo y milenio. Así pues, de cara al nuevo siglo el Espíritu Santo nos llama por medio del Concilio a reconstruir la Iglesia, como lo hizo Francisco a inicios del pasado milenio. Pero, ¿cómo planteó el Concilio el pasar de ese modelo de cristiandad al de la Iglesia Pueblo de Dios?

2.1 Renovación eclesial en el Vaticano II y las Iglesias Locales

Así pues, ¿qué estrategia, llamémosla así, delineó el Vaticano II para orientar hacia ese objetivo sustancial de renovar el ser y la misión de la Iglesia? El Concilio respondió a este desafío al poner en relieve la tarea de la recuperación de la identidad y el lugar propio de las Iglesias Locales. Y esto se determinó en el Vaticano II, concientes de que en los últimos siglos la Iglesia Católica privilegió grandemente la dimensión de la universalidad, con detrimento de lo particular. Y esto se vivió, aun universalizando lo “romano”, sobre las expresiones propias de los pueblos cristianos. La revaloración de las Iglesias locales

facilitaría el recuperar la riqueza de las culturas de los pueblos y la creatividad e impulso misionero de los laicos/as en los mismos (Cfr. LG 13. 14).

La teología, espiritualidad y pastoral de las Iglesias Particulares se había ido empolvando a lo largo del pasado milenio. Esto explica que haya sido una “novedad” la recuperación de la teología de las Iglesias locales y sus serias consecuencias en la vida ordinaria de la Iglesia. Se explicitó en el Concilio, que todo el misterio de la Iglesia se vive en cada una de las Iglesias locales, si bien, no la totalidad del cuerpo eclesial. Por ello, la Iglesia Universal no es una suma de ellas, o una federación de las mismas, sino la totalidad de las mismas vivida en la comunión de un mismo Espíritu, unidos sus pastores “en colegio apostólico”, en el cual se vive el primado de Pedro (LG 20-22).

En el reciente Concilio, la recuperación del “colegio apostólico” está vinculada a la renovación de la vida propia y los aportes de las Iglesias Locales. En ese espíritu y las consecuentes determinaciones conciliares, Pablo VI impulsó la formación y realización, cada tres años, de los sínodos universales. La tarea de los mismos era el velar, iluminar e impulsar la profundización y puesta en práctica del Vaticano II. Los primeros tuvieron esa orientación y fuerza, y basta con recordar el valioso impacto que tuvo el tema y los elementos para la exhortación apostólica “Evangelii Nuntiandi”.

La renovación de la curia romana se veía vinculada a este proceso. Los sínodos universales serían propiamente

los que, junto y colegiadamente con el vicario de Pedro, irían orientando y determinando los pasos concretos a tomar para una mejor puesta en marcha del Concilio. De manera que se pasara de la centralidad romana y curial, a una mucha mayor y decisiva responsabilidad e interacción del colegio apostólico y de todo el cuerpo eclesial. Y sobre todo que se fuera realizando la Iglesia “Pueblo de Dios”, o sea una Iglesia centrada en lo laical y desde su ministerio.

Así mismo, en este proceso de renovación eclesial, en colegialidad apostólica van a conformarse y tomar renovado impulso las Conferencias Episcopales Nacionales, conformadas por los obispos de las diversas Iglesias Locales de dicho país. El presidente de cada Conferencia es nombrado en asamblea por sus miembros. Dicho presidente es el que participa con plenos derechos en el sínodo universal. De esta manera orgánica, se viviría mejor la tarea evangelizadora común, comprendida, realizada y enriquecida desde los aportes y desafíos propios de cada cultura, y su contexto social y eclesial.

La misión pastoral del obispo en cada Iglesia Particular, si bien tiene como responsabilidad primera apoyar e impulsar la evangelización en su diócesis, es responsable también por la evangelización en todo el mundo. Y esto en forma colegiada, como sucesor de los apóstoles que es, y siendo conciente de que la cabeza de la misma es el Señor y su Espíritu. Para la tarea evangelizadora en esa Iglesia Local concreta, el obispo cuenta con la colaboración especial y orgánica de su presbiterio, con los cuales vivirá y actuará colegiadamente.

2.2 Renovación de la Iglesia Local y la Parroquia

En esta lógica, los padres conciliares se enfrentaron al desafío pastoral de ¿cómo impulsar la renovación profunda de las Iglesias Locales? Es decir, la recuperación de la riqueza evangélica y neotestamentaria de las Iglesias Locales, implicó para el Concilio que éstas se renovaran espiritual, teológica y estratégicamente, y se convirtieran desde su base. O sea, desde las mismas células del cuerpo eclesial. No hay rejuvenecimiento de un cuerpo, si no se rejuvenecen las células del mismo. Es más, como la historia de la Iglesia enseña, el Señor y su Espíritu trabajan y encuentran especial respuesta a sus llamados en la base social, en los humildes y sencillos de la historia.

¿Cuáles fueron dichas bases o células del cuerpo de la Iglesia Local por las cuales pasa la renovación conciliar? La respuesta ofrecida por el Vaticano II la encontramos justamente cuando analiza y promueve, en el horizonte de la Iglesia Pueblo de Dios, el apostolado laical en su comunidad eclesial concreta y sus desafíos:

“La parroquia ofrece un modelo clarísimo del apostolado comunitario, porque reduce a unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia... Cultiven sin cesar el sentido de diócesis de la cual la parroquia es como célula...” (AA, 10).

La promoción estratégica y pastoral del cuerpo eclesial propuesta por el Concilio, se debía realizar desde sus mismas

células: las parroquias. Si la Iglesia no reflorecía y rejuvenecía desde su misma raíz y células básicas, se corría el peligro de que la conversión eclesial quedara en las cúpulas y jerarquías y seriamente debilitada. La renovación eclesial realizada desde los laicos y laicas que conforman la comunidad parroquial, en la dinámica de la eclesiología del Pueblo de Dios, iría conformando el rostro nuevo y convertido de la Iglesia Local. Así pues, la visión eclesiológica y la orientación pastoral del Vaticano II, explica y fundamenta la renovada comprensión del lugar y misión de la comunidad parroquial y el impulso dado a la reconstrucción de las mismas.

Por ello, Pablo VI, cuidando siempre la identidad propia del carisma religioso en el espíritu y determinación conciliar (ChD 35-1), pidió la colaboración de los religiosos y religiosas en esta decisiva tarea. Las prelaturas, vicariatos, exenciones y privilegios pastorales, se irían dejando atrás y un significativo segmento de la vida religiosa se orientó y entró en la tarea del robustecimiento de las Iglesias Locales y esto desde sus mismas células, las parroquias. Basta indicar, como ejemplo, que actualmente la Compañía de Jesús tiene bajo su responsabilidad más de 2000 parroquias.

La relectura teológica realizada por los padres conciliares en el Vaticano II, desde las mismas fuentes de la Revelación, purificó y dio nueva luz sobre el misterio de la Iglesia, sobre su identidad y misión como Pueblo de Dios y sacramento del Reino. Así pues, el eje para la puesta en práctica del nuevo y recuperado modelo eclesial de Pueblo de Dios, entraña la recuperación del

laicado en su vida y misión, de la comunión fraterna sin discriminaciones, de la colegialidad, de la riqueza plural de las Iglesias Locales y sus células básicas y comunidades concretas, las parroquias. Ahora bien, la aplicación de este espíritu y orientaciones implicaba que las Iglesias Particulares de las diversas regiones del planeta las asumieran y proyectaran según su propio contexto.

3. LA RENOVACIÓN CONCILIAR EN AMÉRICA LATINA: MEDELLÍN

La profunda y copernicana renovación teológica y eclesiológica lograda por el pasado Concilio, fue recibida con entusiasmo y sólida responsabilidad pastoral por buena parte de los pastores latinoamericanos. Se respiraba y vivía en la Iglesia de aquellos años, la frescura, apertura y vitalidad conciliares. Por ello, concluido el Vaticano II, los obispos se dieron prontamente a la tarea de preparar la Conferencia de Medellín, la cual orientaría en América Latina y el Caribe, con su peculiar realidad, tradición y culturas, la puesta en práctica de las determinaciones y orientaciones conciliares.

Recordemos que la preparación a Medellín se fue realizando a través de estudios y encuentros sobre la realidad y los principales desafíos a la tarea evangelizadora: la pobreza, la injusticia, la violencia, y la discriminación. No se precisó de la lámpara de Diógenes para encontrarlos. Lo novedoso fue la sistematización e interpretación de ellos, desde sus causas. Fue este un servicio que ayudó de manera importante en Medellín.

La acción del Espíritu en Medellín y la recepción creativa del Vaticano II en

dicha Conferencia, representó un nuevo Pentecostés para la Iglesia latinoamericana. Y como sabemos, esto no conlleva que sea asumido automáticamente por todos. Basta recordar que el mismo Señor Jesús, a pocos días de nacido fue señalado por el profeta Simeón como “piedra de contradicción”. Así también ha sido Medellín. La vida histórica de Jesús y el espíritu de las bienaventuranzas sigue siendo criterio fundamental para discernir lo que va y no va en el espíritu del evangelio. Indudablemente la Conferencia de Medellín sintonizó con las bienaventuranzas y fue un parteaguas para la vida y la misión de la Iglesia en América Latina:

“En el documento de Medellín se inicia la aventura de la renovación de la Iglesia en latinoamérica. No es un cambio marginal. Es el gran viaje hacia el nuevo modelo eclesial y de reflexión teológica. Un viaje sin retorno”.¹

Medellín, en el espíritu bíblico y conciliar de la eclesiología del Pueblo de Dios, redescubre enriquecedoramente para toda la Iglesia la centralidad de los pobres y su liberación en la tarea evangelizadora (Lc 6, 20), y recupera con ello la sintonía con la vida y misión liberadora del Señor Jesús (Lc 4,16-18). Ahora bien, Jesús no sólo predicó la llegada del Reino y su utopía, sino se entregó en plenitud para ponerlo en práctica: el construir en la historia, desde los pobres y sencillos, un pueblo fraterno de todas las razas y culturas según el corazón del Padre, alternativa profética al “orden” imperial y religioso de aquella época.

3.1 La práctica de Jesús y la renovación de la Comunidad y el pueblo

Conviene recordar que para Jesús la construcción de la comunidad fraterna de discípulos y misioneros, está sustancialmente motivada por el amor al Padre y los hermanos: este es el primer y gran mandamiento (Mt 22, 34-40; Lc 10, 25-29; Jn 15, 11-13). Pero ese amor, por su misma índole no debía quedar en palabras o buenos deseos. Por ello, para Jesús la construcción de la comunidad fraterna y solidaria en el amor no le fue algo marginal o secundario, sino esencial en su misión. De ahí que los evangelios destaquen como primera acción de Jesús la convocación de los discípulos (Mc 1, 16-20; Jn 1, 35-42) y la conformación con ellos y ellas (Lc 8, 1-3) de una comunidad de discípulos fraterna y misionera (Lc 9, 1-5; 10, 1-3). Ese fue y sigue siendo el gran milagro de Jesús y su Espíritu en la historia: una comunidad fraterna de hombres y mujeres sin discriminaciones, discípulos/as y misioneros/as vinculados profundamente por el amor, a imagen y semejanza de la comunidad trinitaria, fuente y modelo de la verdadera vida y felicidad.

“Yo vine para que tengan vida y ésta en abundancia” (Jn 10,10). Jesús es el mejor servidor y fuente de la vida: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 9). Ahora bien, como hemos visto, para Jesús el servicio a la vida humana, a la humanización en la historia tiene como elemento fundamental el vivir el amor y por amor como hermanos y hermanas. Y esto concretamente, tangiblemente, que se vea y se sienta, o sea en y des-

de una comunidad sacramento de Dios Trinidad y su Reino. Esta comunidad, alternativa y profética a los imperios, tiene la vitalidad para expandirse como un granito de mostaza y formar un gran y nuevo pueblo, organizado como una gran comunidad de comunidades. Es más, para Jesús, esa comunidad fraterna de discípulos y misioneros, es y debe ser la sal y la luz del mundo, mientras éste perdure (Mt 5, 13-16).

La fraternidad vivida y querida por Jesús, entraña la justicia, el partir y compartir el pan, y esto por amor, en el cual no cabe violencia alguna (I Cor 13). El renovado Pueblo de Dios, desde su misma primera comunidad en Jerusalén, vivió el compartir los bienes. Un mismo Padre, una misma mesa con pan común: “Padre nuestro... el pan nuestro...” (Lc 11, 1-3). En la historia, las comunidades de Vida Religiosa están llamadas a ser sacramento y llamada fuerte de la fraternidad y la comunión de bienes que conlleva, mostrando que ésta no sólo es posible, sino que de hecho se vive con éxito. Además, como nos muestran los grandes santos y fundadores de órdenes y congregaciones religiosas, la construcción de la fraternidad al modo de Jesús, se realiza desde y con los pobres y humildes.

3.2 Medellín y la deseada renovación de la vida y misión eclesial en América Latina y el Caribe

Es claro que Medellín asume el espíritu de comunión y colegialidad del Vaticano II. Por ello va a robustecer las Iglesias Locales y lo que esto implica: la participación y gestión laical, las Conferencias Episcopales, las parroquias,

los presbiterios y, fuertemente, la pastoral de conjunto. Pero, ¿cómo realizar dicha conversión eclesial creativamente en el contexto latinoamericano y que ésta represente una fuerte colaboración con todos los constructores de una sociedad más libre, justa y pacífica?

Medellín discernió en el Espíritu y proclamó con fuerza profética que la renovación eclesial latinoamericana se daría desde los pobres y su justicia. La valoración del Pueblo de Dios, del laico y su misión, en la América Latina empobrecida y creyente, ha entrañado el realizarla preferencialmente desde los pobres. Y esto no por motivos circunstanciales o cuantitativos, sino por la fe, por motivos evangélicos y teológicos: la encarnación kenótica del Hijo de Dios en Jesús, manifiesta que Dios no sólo se hizo hombre, sino asumió ser un hombre pobre y desde esa realidad realizar la salvación universal. Y en ese horizonte Medellín da el decisivo aporte a la evangelización latinoamericana de comprender y realizar la reconstrucción del cuerpo eclesial, desde los laicos/as pobres, desde la base social.

Es más, dada la realidad social y eclesial latinoamericana, los obispos en Medellín comprendieron que la deseada renovación eclesial debía ser construida y conformada desde un nivel más básico y pequeño de comunidad que la parroquia, indicada como célula eclesial en el Vaticano II, que hiciera posible una vida comunitaria digna de tal apelativo. Es decir, una comunidad centrada y alimentada en la Palabra de Dios, donde la gente se conociera, se relacionara, se comprometiera mutua-

mente, y esto en renovada fraternidad. “La vivencia de la comunidad a que ha sido llamado, debe encontrarla el cristiano en su comunidad de base: es decir, una comunidad local o ambiental que corresponda a la realidad de un grupo homogéneo y que tenga una dimensión tal que permita el trato personal fraterno entre sus miembros... La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y la expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es pues, célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo” (Med, d.15, n. 10).

Este texto contiene, define y expresa claramente la opción teológica-eclesiológica y la estrategia evangelizadora de Medellín que marcará decisivamente la renovación eclesial para latinoamérica. En Medellín, dicha reconstrucción eclesial, en el horizonte de la eclesiología conciliar del Pueblo de Dios, se debería realizar desde sus mismas células básicas, las llamadas Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) y desde ellas gestar la Iglesia de los pobres, más próxima a la Iglesia que Jesús quería. En las CEBs, la Iglesia vivirá y manifestará la confianza y el amor de predilección de Dios por los pobres. En ellas los laicos y laicas pobres ya no serían meros objetos de evangelización, sino por el contrario, sujetos y agentes de la misma: desde los laicos y laicas pobres se reconstruiría inclusivamente la Iglesia toda como comunión fraterna y profética, sacramento del Reino, al servicio de nuestros pueblos y sus culturas.

El fervor suscitado y alentado por el Espíritu en muchos cristianos/as, de conversión y vivencia del Vaticano II, al cual se suma la fascinación provocada por el mensaje, opciones y orientaciones de Medellín, explica el impulso, la expansión y el impacto, en los años 70s, de las comunidades de base por toda América Latina. Éstas, aunque numéricamente minoritarias, por su riqueza y vitalidad evangélica, constituyeron la expresión y modelo eclesial más significativo en el continente. Es más, Monseñor Lorscheider expresó que las CEBs eran las mejores escuelas de la fe en América Latina. Una fe rejuvenecida en las frescas aguas del Evangelio, el Concilio y Medellín.

La Iglesia de los pobres en las CEBs, como la Iglesia toda, tiene su alma y centro en el Señor y su Espíritu. La Palabra de Dios es y será la fuente y criterio último de su vida, como el Vaticano II resaltó. Por ello, las CEBs impulsaron desde su inicio la lectura y el aprecio de la Sagrada Escritura entre sus miembros. Es más, un buen grupo de religiosas y religiosos insertos en medios populares, han pasado miles de horas en esa lectura orante y discerniente de la Palabra del Señor, unidos e iluminados con el aporte de los pobres y sencillos. Monseñor Romero explicitó esa gracia al afirmar: “Los pobres me enseñaron a leer el Evangelio”.

4. LA CONFERENCIA DE PUEBLA CONFIRMA Y ENRIQUECE EL PROCESO Y PROYECTO EVANGELIZADOR LATINOAMERICANO TRAZADO E IMPULSADO POR MEDELLÍN

Puebla valora e impulsa el rejuvenecimiento eclesial en todos sus niveles. Ahora bien, en América Latina, si se

evalúa o pregunta sobre cómo avanza o retrocede la renovación eclesial lanzada por el Vaticano II, dicha evaluación y respuesta, dadas las opciones y orientaciones ofrecidas por la Conferencia de Medellín, pasan por el cómo progresa o retrocede el proceso de las comunidades eclesiales de base.

Por ello, para la Conferencia de Puebla fue un elemento central y sustancial, el evaluar y ponderar críticamente la renovación eclesial vivida en las CEBs, y tomar postura sobre ese proceso. Efectuado el análisis y discernimiento por los obispos participantes en dicha Conferencia, su respuesta o postura no dejó lugar a dudas: “como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades de Base, según el espíritu de Medellín y los criterios de la *Evangelii Nuntiandi*” (P, 648). La motivación de los pastores para ese decidido apoyo ya lo habían indicado anteriormente:

“Las Comunidades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y esperanza para la Iglesia. En comunión con el Obispo y como lo pedía Medellín, se han convertido en focos de evangelización y en motores de liberación y desarrollo. La vitalidad de las Comunidades Eclesiales de Base empieza a dar sus frutos; es una de las fuentes de los ministerios confiados a los laicos: animadores de comunidades, catequistas, misioneros” (P, 96.97).

La presencia preferencial de los pobres en las CEBs, le dio a la Iglesia un sabor a

pueblo pobre y humilde, con su religiosidad inculturada. La presencia de las CEBs desde los pobres de América Latina, representó la riqueza de poner de relieve el bello mosaico cultural y étnico latinoamericano: los indígenas, los negros, los barrios populares y las variadas zonas rurales ya sean de costa, de montaña, o planicies. Este aprecio y sensibilidad de todas las culturas, pero particularmente las populares y aun aquellas que se encuentran sufriendo opresión y peligro, fue una contribución que ayudó fuertemente a que se llegara en Santo Domingo a la afirmación e impulso de la evangelización inculturada. La revaloración laical impulsada por el Vaticano II, y relanzada en Medellín desde los pobres, se afirma y aprecia en Puebla:

“Las Comunidades Eclesiales de Base son expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad y se le da posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo” (P, 643).

La renovación eclesial por las CEBs y su impacto social no quedaba en meros textos, o buenos deseos. De esa manera, la misión eclesial evangelizadora vivida en las CEBs contribuía a poner en la vida y práctica la tan necesaria evangelización integral. Ya el Vaticano II había destacado como uno de los graves males que aquejan al cuerpo eclesial, el divorcio entre la fe y la vida (GS 43). El Vaticano II y Medellín recuperaron la riqueza y vitalidad propia del misterio de la Encarnación y así impulsaron el superar una religiosidad encerrada y reducida a la práctica cultural y con

poca incidencia en los procesos sociales y culturales de los diversos pueblos. En varios países las CEBs, por su fe integral, fueron factores significativos de formación de organizaciones populares, de centros de defensa de los derechos humanos, es más, colaboraron en la superación de dictaduras, injusticia y violencia social institucionalizada (P, 640).

“Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpretar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad y explicitan la vocación de comunión con Dios y sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, la civilización del amor” (P, 642).

Es más, el mismo método de las CEBs, asumido también por la Conferencia de Puebla y ya empleado en Medellín, conlleva la vivencia del Dios encarnado en nuestra historia y por ende de una vivencia integral de la evangelización. La Iglesia vive en ellas que la realidad social y política no es algo ajeno a Dios, sino que está presente en ellas. Así pues, el asumir y cargar con la realidad en las CEBs, discernida a la luz de la Palabra y la Tradición, para conocer y vivir la voluntad de Dios en la historia concreta, dinamizó la evangelización integral y profética de la Iglesia. La vida de las CEBs ha representado una profética alternativa no sólo eclesial, sino también social. Y por ello no es de extrañar, como el mismo Señor lo había predicho (Jn 15, 20), que fueran consideradas peligrosas por las oligarquías globales y nacionales, y esto no por al-

gún exceso de algún particular, sino por su mismo planteamiento fundamental.

5. LA CONVERSIÓN Y RENOVACIÓN ECLESIAL NO ES AUTOMÁTICA NI PREDETERMINADA: LA CONFERENCIA DE SANTO DOMINGO

Poco después de la alentadora Conferencia de Puebla, se inicia un proceso de involución en el conjunto de la Iglesia católica. Se alentó dicha involución por el pasado pontificado, al impulsar renovadamente el modelo eclesial de neocristiandad que volvió a robustecer el centralismo romano y el clericalismo. Esto implicó que se debilitara, y aun en diversos lugares se frenara y retrocediera la puesta en práctica del proceso renovador de la Iglesia de los pobres por las CEBs.

Como alternativa al proceso de las pequeñas comunidades eclesiales, se alentó la presencia de variados movimientos, generalmente laicales, favorables al modelo eclesial de neocristiandad. Estos movimientos, la mayoría con su cuna en Europa o USA, enriquecen a la comunidad eclesial con sus carismas y servicios, como todos los carismas suscitados por el Espíritu. Y dada la índole de sus carismas, algunos de ellos tienen un rápido auge y también una acelerada decadencia.

El documento de la Conferencia Episcopal de Santo Domingo manifiesta en su eclesiología la involución eclesial y teológica que se vivía. Por ello, en dicho documento, se vuelve a privilegiar, por encima de la Iglesia Pueblo de Dios, una visión jerárquica de la Iglesia, como lo manifiesta el tono y modo de tratar lo

eclesial en su primer capítulo. Por ello, en Santo Domingo se vuelve a la visión y tratamiento piramidal en la Iglesia: se habla primeramente y desde la supremacía del sacramento del Orden, para después ir descendiendo a la vida religiosa y los laicos (sacramento del bautismo). Es curioso que en ese orden descendente, las mujeres “subieran” al ocupar el penúltimo lugar: el último se dejó para los jóvenes y adolescentes.

La misma metodología empleada en Santo Domingo expresa bien la involución eclesial y los retrocesos teológicos que se promovían desde la Curia Romana: el abordaje de los temas trabajados por la Conferencia, ya no parten de la realidad-historia de salvación que hay que discernir, sino de principios generales y abstractos, como es común trabajarlos en la teología y la filosofía escolásticas. Es necesario señalar que en algunos textos de Santo Domingo sobreviven valiosos elementos de la renovación eclesial de Medellín y Puebla y sus opciones. Sin embargo, no se debe minimizar el quiebre en puntos vitales con dicho proceso y proyecto evangelizador. En el marco y retroceso eclesiológico sufrido en Santo Domingo se explica que, si bien se sigue mencionando como estimada la renovación eclesial y parroquial desde las comunidades de base, se les anexa y trata a éstas junto con los nuevos movimientos: “La parroquia está llamada a ser una comunidad de comunidades y movimientos” (SD, 58).

Este es un texto clave para la comprensión de la eclesiología y la pastoral propuesta por la Conferencia de Santo Domingo. Es una frase breve, pero rica en contenido, pues encierra el rompi-

miento con el proyecto de renovación eclesial conciliar y de Medellín y Puebla. Es decir, para Santo Domingo la fuente y fundamento de la renovación eclesial, ya no está centrada en el rehacer a la Iglesia desde sus pequeñas células eclesiales (las CEBs), sino que están realmente resituadas como un elemento o movimiento más en la amplia oferta de los mismos. Vulgarmente expresado, como si en un supermercado las CEBs fueran una pasta de dientes de una determinada marca, entre las muchas que se ofrecen a un mismo nivel y para el mismo objetivo. Ese texto manifiesta la opción del modelo eclesial que se iba promoviendo y promueve en las parroquias y su práctica pastoral.

El error teológico y eclesiológico que encierra la visión de considerar las CEBs y los movimientos como si tuvieran iguales identidades, llevaría en esa lógica a considerar que las Iglesias Locales son una comunidad de comunidades y movimientos; por tanto, definirían su identidad como SER comunidad y SER movimientos. Es decir, en esa visión la Iglesia ES comunidad y además ES movimientos. Otra cosa sería clarificar lo que es eclesiológicamente correcto: que la Iglesia ES comunidad y en ella se TIENEN los movimientos. De esta manera, la renovación de la Iglesia en las CEBs quedó revuelta entre los movimientos, con sus oportunos pero limitados aportes. Se dejó de lado que las CEBs son la misma Iglesia en su nivel celular y por tanto, sacramento del Reino. No se aclaró que los movimientos, por su índole carismático y poca estructuración, conforme a su propia identidad, nacen, crecen, florecen, pierden vigor y mueren. La comunidad llamada

Iglesia, el Pueblo de Dios, permanecerá hasta el final de los tiempos.

6. HACIA LA QUINTA CONFERENCIA EPISCOPAL EN APARECIDA

La Conferencia de Aparecida, en la actual coyuntura socio-eclesial, va a encontrarse con antiguos y nuevos desafíos, con antiguos y nuevos rostros de pobreza, injusticia, violencia, con antiguos y nuevos logros y valores del pueblo latinoamericano. La década de los 90s, marcada simbólicamente por la caída del muro de Berlín y el socialismo realmente existente de la Unión Soviética, facilitó la hegemonía del mercado neoliberal a nivel global y vino a agravar la injusticia social y cultural en latinoamérica. La confrontación moderna Este vs. Oeste pasó a la historia, y en la polvareda levantada por la caída del muro, se procuró minimizar en los 90s la gravísima y escandalosa problemática social del rico Norte y el Sur empobrecido y saqueado, denunciada desde Medellín. Es más, se llegó a afirmar que esas opciones y su proceso evangelizador habían muerto o estaban atrasados y fuera de moda.

La repulsa al agravamiento de la injusticia social provocada por la globalización de corte neoliberal de los 90s encontró desde el año 2001 un espacio para expresarse y organizarse: los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y su proclama que “otro mundo es posible, ya”. Con sorprendente rapidez, estos foros se han enriquecido al irse realizando en varias partes del planeta, por la significativa participación de las organizaciones civiles, religiosas y popu-

lares, como también por las temáticas que se van asumiendo y el tratamiento democrático y cualificado de las mismas. Es más, se ha suscitado en las mayorías de nuestros pueblos, la búsqueda de alternativas concretas que alivien la injusticia y la pobreza, y la búsqueda de líderes que las promuevan. Esto explica el amplio y fuerte respaldo popular a gobiernos y partidos más inclinados a la izquierda, como ha sido el caso en Bolivia, Uruguay, Venezuela, Ecuador, Brasil, Nicaragua, Chile. El rostro político latinoamericano actual ha mudado de manera significativa hacia un tono popular respecto al inicio de este siglo.

La V Conferencia encuentra una situación eclesial bien diferente de la Conferencia de Puebla, donde la vida y mensaje de la Iglesia latinoamericana provocaba esperanza para el pueblo empobrecido, los jóvenes y las personas e instituciones comprometidas con la justicia y el bien común. Aparecida encontrará que el proyecto de renovación eclesial y social en las orientaciones de Medellín y Puebla ha sido golpeado y debilitado por el impulso dado al modelo eclesial de neocristiandad. Es más, un análisis de la vida eclesial concreta como acontece en las parroquias, manifiesta sus prioridades en la pastoral: unas están centradas en el culto, otras en la promoción de variados movimientos, algunas son carismáticas, la religiosidad popular predomina en otras, y una minoría está articulada desde las CEBs o comunidades menores ¿Recuperará la Iglesia latinoamericana un plan evangelizador de conjunto, en la riqueza de una unidad vivida en la pluralidad de situaciones y culturas?

El proceso eclesial reciente no levanta mucha esperanza. Por ello parecería reinar el escepticismo y desinterés sobre lo que pueda acontecer en Aparecida. Sin pretender disminuir el sano realismo, sin embargo, es conveniente recordar que en el pasado reciente hemos experimentado una característica del Espíritu que es el sorprendernos. El conjunto de expertos, sociólogos y teólogos, no esperaba un Concilio con la riqueza y propuesta tan profunda como el Vaticano II. Y lo mismo se decía sobre la Conferencia de Medellín. Estos hechos nos han facilitado el renovar y proclamar nuestra fe en la acción del Espíritu en la historia y la Iglesia. Ahora bien, Dios en Jesucristo es *Emanuel*, Dios con nosotros, y por tanto, no sin nosotros. Nuestra disponibilidad o rechazo del Espíritu marcan también nuestra historia de salvación y de pecado. Las décadas pasadas nos muestran que podemos vivir avances o involuciones respecto a las propuestas del Espíritu en el Vaticano II.

A continuación sólo me acerco al rico tema de la Conferencia de Aparecida en la orientación y temática que venimos tratando en este artículo. Me limito a subrayar algunos elementos, desde las opciones eclesiológicas del Vaticano II y Medellín-Puebla, que pueden ayudar a situar y lograr que tengamos una mejor comprensión y visión, ante la V Conferencia.

7. DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO, PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA

La óptica o perspectiva asumida como eje por la Conferencia de Aparecida ciertamente es fundamental y riquísima

en nuestra vida y misión cristiana. Sin duda que es un acierto el enfoque asumido para dar un buen paso hacia adelante por la Iglesia latinoamericana: si somos buenos discípulos y misioneros de Jesucristo, ciertamente renovaremos de fondo nuestras vidas y la de nuestra comunidad eclesial y social. Pero nos debemos preguntar: ¿qué significa y cómo se vive el ser discípulo de Jesucristo en la coyuntura que vivimos en este nuevo siglo y milenio?, ¿qué implica y exige el ser buenos misioneros de Jesucristo, a fin de que nuestros pueblos tengan vida en Él?, ¿en qué tipo o modelo de comunidad eclesial se formarán los discípulos y recibirán el envío los misioneros?, ¿qué modelo de comunidad e Iglesia promoverán dichos misioneros?, ¿qué proyecto y opciones evangelizadoras debemos priorizar y por qué?

Responder a las preguntas anteriores no es asunto tan simple y sencillo como deseáramos. Ni tampoco basta para ello la buena voluntad. Ya el mismo Señor Jesús indicaba esa distancia entre nuestras palabras y deseos, con nuestra práctica: “no basta para entrar en el Reino de los cielos con que me digan: ‘Señor, Señor’, sino que hay que hacer la voluntad de mi Padre...” (Mt 7, 21.23). Para iluminar la cuestión de qué significa y cómo ser un buen discípulo/a de Jesucristo, ciertamente tenemos la ayuda especial del gran esfuerzo espiritual y humano realizado señaladamente por el Concilio Vaticano II y su puesta en marcha en América Latina, en la Conferencia de Medellín. Y en ese cauce, el ingente trabajo de profundización y publicación realizado por un buen grupo de biblistas, teólogos y pastoralistas en América Latina.

7.1 Comunidad eclesial matriz de discípulos y misioneros de Jesucristo

La esencia del discipulado y la misión cristiana es el amor fraterno y servicial al modo de Jesús. Este amor, Jesús lo vivió en la comunidad de los discípulos/as y en ella y desde ella, ofreció el servicio a la vida en múltiples formas. Esto explica que siguiendo fielmente a Jesús y su práctica evangelizadora, los apóstoles y seguidores/as de Jesucristo se centraran en la construcción de comunidades fraternas y de servicio a la vida, formadoras de discípulos y misioneros. Por la primitiva tradición conocemos de esa fecunda siembra de pequeñas comunidades que aun a los pocos años de surgidas impactaron el mundo religioso y social de su época. La comunidad trinitaria, la mejor comunidad, de la cual fuimos creados a su imagen y semejanza, explica en forma radical dicha centralidad de comunidades fraternas y de servicio a la vida por amor. El ideal de la comunidad fervorosa y profética, servidora por amor, fue y es el criterio para evaluar las Iglesias (Ap 2 y 3).

Como ya vimos, esta orientación fue retomada y rejuvenecida por el Vaticano II y Medellín, y por ello el impulso dado a recuperar el dinamismo histórico de la reconstrucción y siembra de comunidades al servicio de la vida desde los pobres y necesitados. Las CEBs han sido el valioso resultado de esa opción de la Iglesia Latinoamericana. Su impacto en la sociedad se ha testimoniado en varios lugares del continente. Ahora bien, como en los primeros siglos del cristianismo, esa profética alternativa conllevó dura persecución, ya sea tácita o abiertamente y las consecuencias

debilitadoras de la misma. Jesús ya había señalado que sus seguidores también sufrirían persecución y martirio (Jn 15, 20; Mt 5, 10-12).

Nunca terminaremos de comprender el misterio de Jesucristo y de la Iglesia. Pero existen acercamientos peores y otros mejores a dicho misterio. La Iglesia de los pobres en latinoamérica, que ha tenido su eje teológico y pastoral en las CEBs, se ha distinguido como un mejor acercamiento y vivencia del Evangelio, lo cual es avalado por el testimonio de los mártires, modelos de discípulo y misionero. En la recuperación de la vida y comunidad profética y testimonial lanzada por Medellín, ha florecido el martirio de sangre en América Latina. Es el martirio, prueba clara del seguimiento fiel al crucificado. Un símbolo de toda esta porción de Iglesia profética, lo es Monseñor Romero. Y a su lado, nuestras Iglesias Particulares colocan sus mártires.

El proceso de la Iglesia latinoamericana de los pobres, lanzado formalmente en Medellín, llega a la Conferencia de Aparecida con casi 40 años de experiencia: ciertamente la comprensión y práctica comunitaria latinoamericana en la unidad de la teología y espiritualidad propia de las CEBs se ha enriquecido en la diferencia.² En estos años en general, de perseguido y sufrido caminar, lo cual ha dificultado y debilitado su desarrollo, sin embargo, por otra parte, a ese pequeño resto lo ha purificado y madurado.³ La Iglesia latinoamericana en las CEBs, guiada y fortalecida por el Espíritu, se ha unido y dado continuidad a la misión salvadora y liberadora del siervo de Yavé, pobre y sufrido. El triunfo del

Siervo, el Señor Jesús, no fue ni es al modo de los imperios y su imaginario, sino “kenótico”, o sea, en sencillez.⁴ Lo kenótico no quita eficacia histórica: basta pensar en el impacto que ha tenido Francisco de Asís en la historia, si se le compara al de los príncipes y señores de aquella época y posteriores.

Así pues, ante la V Conferencia de Aparecida cabe preguntarnos: ¿qué postura tomarán nuestros pastores ante los desafíos sociales y eclesiales en América Latina?, ¿asumirán y relanzarán, con fidelidad creativa, el fuego profético de Medellín, en el cual se realizaron y trazaron los grandes rasgos del proyecto evangelizador para latinoamérica?, ¿desde qué modelo de Iglesia y tipo de comunidad se promoverá el discipulado y la vida misionera?, ¿se relanzará con nuevo vigor la Iglesia Pueblo de Dios, la Iglesia de los pobres, desde sus mismas células, las comunidades eclesiales de base?, ¿serán los laicos y laicas pobres, los protagonistas y sujetos privilegiados de la evangelización?, ¿canonizará Benedicto XVI a Monseñor Romero en Aparecida? Posible es, aunque somos concientes de que es mucho pedir. Pero lo central del asunto es ¿qué tipo de Iglesia, qué tipo de pastor y agente de la pastoral se promoverá?, ¿se abrirán puertas para una amplia y profunda renovación del ministerio en la Iglesia?

7.2 Para que nuestros pueblos tengan vida en Él

Desde y por el bautismo somos llamados a ser discípulos y misioneros del evangelio de Jesucristo. Por ello, muy bienvenida la sugerencia subrayada en el documento de participación de lanzar

una “gran misión” por cinco años, que recupere y fomente la dimensión de discípulos/as y misioneros/as de todo bautizado, que tiene su raíz en el envío a la Misión por el propio Jesucristo Resucitado (Mt 28, 16-20). Pero ésta, tan necesaria iniciativa, conlleva el definir qué tipo de Iglesia, qué tipo de discípulos/as y misioneros/as se quieren formar y enviar, como ya indicamos. Un buen documento, un buen texto con profundidad teológica y riqueza pastoral en fidelidad a las opciones de Medellín y las apropiadas para el actual contexto, sin duda que es muy importante para este momento de debilidad y tibieza eclesial, lo cual contrasta con el reciente levantamiento y movilización popular en lo político y social.

Jesús señaló que somos la sal y la luz del mundo (Mt 5, 13-16). Pero ahí también enseñó que una sal que perdió el sabor, perdió su valor. En buena parte, el éxito de la próxima Conferencia, para superar el actual estado de tibieza espiritual y profética de una buena parte de los agentes de la pastoral de la Iglesia católica latinoamericana, dependerá si se atreve a recuperar y relanzar decididamente el proyecto evangelizador de discipulado y misión trazado por Medellín. Y es claro que el ser sal, luz y fermento no es algo que aconteció, sino por su mismo ser y dinámica, es algo que debe seguir aconteciendo en nuestros pueblos. ¿Será que acontecerá Aparecida como sal, luz y fermento para impulsar la lucha por la justicia y la paz, para trabajar en la superación de la inhumana pobreza y exclusión, para responder al creciente fenómeno de los migrantes, para frenar la agresión que sufren las

culturas populares y el asalto continuo que sufre el medio ambiente y la ecología?, ¿podrá Aparecida encauzar el conjunto de la Iglesia católica latinoamericana en colaborar para enfrentar los fundamentalismos religiosos y sociales y promover el ecumenismo?

“...hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (Hch 15, 28): ¿será Aparecida una nueva experiencia de la sintonía de la comunidad eclesial con el Espíritu?, ¿o por el contrario, prevalecerán nuestros intereses, y cerraremos la puerta al discernimiento y las mociones del Espíritu en nuestra historia? Como mejores discípulos y misioneros de Jesucristo que queremos ser, somos llamados a orar y trabajar en la forma posible para que Aparecida relance el fuego profético y evangelizador de

Jesucristo en nuestra querida América Latina. Como María, estrella de la evangelización, no estamos llamados a ser simples espectadores, sino activos discípulos y misioneros de Jesucristo.

Notas

¹ Peixoto, Jorge, “De Medellín 58, a Aparecida 07”, *Agenda Latinoamericana del 2007*, pág.192.

² Brasil tiene una riquísima experiencia en sus Iglesias Locales y parroquias, pero tiene diferencias con los procesos de Honduras, o Bolivia. En ocasiones, las diversas circunstancias culturales determinan esas diferencias. Pero todos esos procesos de CEBs tienen una unidad profunda en su espiritualidad, teología y método.

³ En algunas Iglesias Locales, la “persecución” a las CEBs aun ha llevado a la prohibición de las mismas, o en otros lugares, al no uso de ese nombre. Por ello, al presente, muchas comunidades que por su espíritu y método son realmente lo que Medellín bautizó como CEBs, reciben nuevos nombres, tales como comunidades menores, pequeñas comunidades cristianas, comunidades pequeñas, etc.

⁴ El triunfo de Jesús en la Resurrección, no se realizó con estruendo y modos imperiales, sino continuó la sencillez y humildad del nacimiento y vida de Jesús. O sea, el modo “kenótico”, al cual han dado continuidad tantos de los grandes santos en la historia.

